



SALVADOR ILLA
EL AÑO
DE LA
PANDEMIA

Del estado de alarma
al inicio de la vacunación

PRÓLOGO DE
FERNANDO SIMÓN

 PENÍNSULA

El año de la pandemia

Del estado de alarma al inicio de la vacunación

Salvador Illa

© Salvador Illa Roca, 2022

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2022

Prólogo: Fernando Simón, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 12.549-2022
ISBN: 978-84-1100-100-7



ÍNDICE

Prólogo de Fernando Simón	11
1. Un virus en China	15
2. Primer positivo	27
3. Estado de alarma	49
4. España confinada	75
5. La desescalada	105
6. Suministros	123
7. Estrategia europea de vacunas	153
8. Sus señorías	169
9. Nueva normalidad	189
10. Estado de alarma en Madrid	213
11. Segunda ola	235
12. Estrategia de vacunación española	247
13. Ministro... y candidato	275
14. Lecciones de una crisis	295
Epílogo. Breve noticia de Cataluña	305
Índice onomástico	313

UN VIRUS EN CHINA

Ministros, ministras, me gustaría trasladaros tres mensajes:

El primero, ha sido para mí un honor servir a España desde este Consejo de Ministros.

El segundo, tengo que reconocer que, quizá por desconocimiento, tenía reticencias iniciales con el Gobierno de coalición. Pero, si venía con prejuicios, pronto se disiparon. Las cosas han funcionado de una forma mejor y muy distinta a como yo imaginé.

El tercero, quiero expresar mi gratitud a todas vosotras y a todos vosotros, y especialmente al presidente, por la confianza, por el apoyo y por la cercanía. Presidente, tengo tu mirada grabada en mi memoria, la que pusiste en aquella reunión covid en la que propuse la restricción de familiares en los tanatorios y funerales. «Si hay que hacerlo, hagámoslo», dijiste. Con una mirada comprensiva, sensible a los infortunios ajenos que estaban por venir. Además de esto, me gustaría pedir os disculpas si en algún momento hubo episodios de tensión. A todos y a todas, quiero expresar mi profundo reconocimiento.

Hubo aplausos... Miré a la ministra Irene Montero, sentada a mi derecha. Y a Carolina Darias, sentada a mi izquierda. Y repasé con la mirada al resto de los compañeros del Consejo de Ministros. Y me emocioné. Reconozco que a lo largo de mi man-

dato no siempre he conseguido retener las lágrimas, pero esta vez sí. Al abandonar la sala Barceló, mientras atravesaba las puertas blancas, fui consciente de que esa era la última vez que pisaba el edificio del Consejo.

La llamada del presidente del Gobierno para ofrecerme el cargo de ministro se produjo un viernes, era 10 de enero, sobre la una y media de la tarde. En la pantalla del teléfono parpadeaban dos palabras, «número oculto», y a punto estuve de no descolgar. Desde entonces, contesto todas las llamadas de número desconocido.

—Salva, he pensado en ti para formar parte del Consejo de Ministros.

—Presidente, es un honor, cuenta conmigo.

—He pensado en la cartera de Sanidad. Ya hubo un ministro catalán, Ernest Lluch, y ha dejado un buen recuerdo.

—Presidente, la sanidad no ha sido mi campo de acción...

—Lo harás muy bien, requiere habilidades negociadoras con las comunidades autónomas, con otros ministerios, con los sindicatos, con las asociaciones profesionales...

—Si tú lo crees, acepto.

Colgué el teléfono e hice dos llamadas. La primera, a mi mujer. La segunda, a Miquel Iceta. Ambos sorprendidos, ambos contentos. Al poco se hizo público y comencé a recibir felicitaciones. El domingo, antes de irme a Madrid, Eva Granados me organizó un café en el hotel SB Glow, muy cerca de la sede del Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC) en Barcelona. Allí estaban, además de Eva, Assumpta Escarp, José Cuervo, Leire Pajín, Raimon Belenes, Carme Figueras, Mònica Almiñana, Pep Farrés y Josep Maria Sabaté. Me pusieron al día de lo que me encontraría al llegar al ministerio, cómo enfocar los primeros días, los temas que estaban actualmente sobre la mesa, el organigrama. A lo largo de mi vida siempre me ha ido bien preguntar qué no hay que hacer cuando te enfren-

tas a un reto o a lo desconocido, así que mi pregunta fue: «Decidme, ¿qué es lo que no tengo que hacer las primeras semanas? ¿Cuáles son los errores que debo evitar?». La contestación fue variada: «No te comprometas con listas de espera», «Cuidado con comprometer dinero». José Cuervo, exdelegado del Gobierno de Cataluña en Madrid, me dijo: «A todos los ministros de Sanidad los nombra el presidente y los cesa una crisis de salud pública. Pero esto es imprevisible, ahí no puedes hacer nada. Si te toca, te tocó». Leire Pajín, exministra de Sanidad, me recordó la suya, la «crisis del pepino», una crisis de salud pública causada por la bacteria *Escherichia coli* que provocó un importante número de muertos en Europa.

Salí de esa reunión con la sensación de tener los riesgos identificados. Almorcé con mi familia y viajamos a Madrid. Me acompañaban mi mujer, Miquel Iceta y una delegación del PSC. En el trayecto en AVE, cerré el nombre del que sería mi director de gabinete en el ministerio, Germán Rodríguez. Por teléfono, preparé con él la intervención en mi toma de posesión: «Vengo a escuchar y a resolver. Tengo una firme voluntad de servicio y la determinación de empezar a trabajar de inmediato en todas las cuestiones pendientes y en los desafíos que tiene el sistema público de salud». Y tuve un recuerdo emocionado a la figura del exministro Ernest Lluch: «Tendré su trabajo muy presente en el día a día». Era un político al que admiraba y con el que había mantenido un contacto periódico durante mi época como alcalde de La Roca del Vallès. Ernest Lluch presidía el premio Romà Planas i Miró de memorialismo popular, que creamos en el ayuntamiento en 1997 para recuperar los testimonios de la gente de a pie.

Recuerdo que el salón de actos del Ministerio de Sanidad en el que se celebró la toma de posesión estaba lleno. Todos los asientos ocupados y muchas personas de pie en los pasillos. En las primeras filas estaban mi mujer, mis padres y la hija y la

nieta de Ernest Lluch, Eulàlia y Anna. La gran mayoría del público no estaba allí por mí, sino por dos políticos a los que no conocía personalmente hasta entonces, Pablo Iglesias y Alberto Garzón, y que también tomaban posesión de nuevas carteras desgajadas de la que hasta entonces había ocupado María Luisa Carcedo. Hubo abrazos, fotos, risas, besos..., ninguno imaginaba que el virus que comenzaba ya a circular por un lugar remoto de China cambiaría de una forma tan drástica la manera de relacionarnos.

Me instalé en el despacho que hasta entonces ocupaba el subsecretario del Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social, en la cuarta planta. Una estancia con vistas al paseo del Prado, frente al museo. En esta legislatura, Sanidad iba a compartir edificio con otro ministerio de nueva creación, el de Consumo, y con la Vicepresidencia de Derechos Sociales y Agenda 2030, así que hubo reubicaciones y baile de despachos. Solo hice una petición: la mesa que había utilizado Ernest Lluch durante su etapa como ministro, que todavía se mantenía. Una mesa de madera maciza, con tapete de cuero rojo y con la marca de quemadura de uno de sus cigarrillos. Para mí tenía mucho simbolismo y me hacía especial ilusión trabajar sobre ella.

La primera persona con la que me reuní como ministro fue con mi antecesora en el cargo, María Luisa Carcedo. Me habló del equipo, de las materias que había impulsado durante su mandato, de los asuntos en marcha. Después, dediqué los primeros días a hacer llamadas. Las primeras, a todos los consejeros de Sanidad de las comunidades autónomas. Después, a todos los portavoces de Sanidad de los grupos parlamentarios.

Y conocí a un hombre del que me había hablado mucha gente, hasta una exministra del Partido Popular (PP): el director del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias (CCAES), Fernando Simón. Nuestro primer encuen-

tro fue en mi despacho, junto con Pilar Aparicio, directora general de Salud Pública, y Faustino Blanco, secretario general de Sanidad. Me explicaron qué era el CCAES, cuál era su trabajo, me contaron que hacían un repaso continuo a la situación epidemiológica a nivel nacional e internacional y que reportaban diariamente a la Red de alertas de las comunidades autónomas y, entre otros, al Departamento de Seguridad Nacional. En ese primer contacto, Fernando me habló de un virus que circulaba en Wuhan, una localidad del sureste de China, «parece que originado en un mercado mayorista de marisco y animales vivos». «Es un coronavirus —me dijo—, un tipo de virus que causa infecciones respiratorias que pueden ir desde un simple resfriado hasta enfermedades más graves como el SARS, que apareció por primera y única vez en 2002, o el MERS, el síndrome respiratorio de Oriente Medio, identificado en 2012. Tanto para el SARS como para el MERS existen protocolos», me informó.

Fernando me explicó que el Comité de Emergencias de la Organización Mundial de la Salud (OMS) había convocado una reunión y que en ese encuentro se analizaría el nuevo coronavirus, 2019-nCoV, como se denominó en un primer momento. Hasta entonces, la OMS no había comunicado ninguna medida sanitaria específica diferente para los viajeros ni se aconsejaba la aplicación de restricciones comerciales o de viajes con China. Hasta donde se conocía, el virus tenía una gravedad relativa: un 1 % de letalidad, muy por debajo de otros virus, incluso de la gripe. La transmisión era local, los cuatrocientos cuarenta pacientes diagnosticados hasta entonces habían visitado Wuhan, excepto dos, que resultaron ser familiares cercanos a pacientes infectados. «¿Cuánto tiempo se puede tardar en controlar el virus?» «El SARS se controló en tres meses», me contestó. Fernando Simón es un tipo atlético, de ojos azul profundo, que te mira a los ojos cuando habla, sereno

y con una capacidad extraordinaria para explicar conceptos que yo desconocía. Me cayó bien. Conectamos.

Nueve días después de la toma de posesión, presidí mi primer acto público: el 120 aniversario del servicio de Sanidad Exterior.

Nuestros efectivos están preparados para actuar ante cualquier alerta o incidente sanitario que pueda llegar a través de barco o avión —dije en mi intervención—. El ministerio está muy pendiente de la evolución del coronavirus detectado en China, el CCAES está en permanente contacto con la OMS y con el resto de los países de la Unión Europea para adoptar las medidas que sean necesarias para la prevención de cualquier riesgo sanitario para la población. Desde el Ministerio de Sanidad se está realizando un seguimiento continuo de la situación del coronavirus. La información está permanentemente actualizada y a disposición de la ciudadanía a través de la web.

Esta misma mañana, mantendré una nueva reunión de seguimiento con el equipo del ministerio que tendrá lugar en el CCAES, para analizar la situación del brote con los últimos datos disponibles. Quiero transmitir un mensaje de tranquilidad y confianza en nuestro sistema de coordinación de alertas sanitarias. Nuestro país cuenta con recursos y con un buen sistema de coordinación con las comunidades autónomas. Y estamos preparados para actuar ante cualquier eventualidad.

Para llegar al CCAES tienes que atravesar dos puertas; la última siempre está cerrada, es de acceso restringido, solo franqueable con código o mediante videoportero. Al fondo a la izquierda hay una sala de reuniones, y me vi allí con Fernando Simón y su equipo. La OMS no había emitido todavía recomendaciones, no consideraba que lo que ocurría en Wuhan fuera una emergencia de salud pública de importancia interna-

cional, pero Fernando me advirtió de que el número de contagios seguía en aumento, y ya no solo en China. Se me informó de que se habían notificado casos en otros cuatro países asiáticos y uno en Estados Unidos. Los últimos datos reportaban veinticinco fallecidos y una tasa de letalidad del 2,8 %.

El director del CCAES me informó de que, a la espera de las indicaciones de la OMS, el ministerio había comenzado a elaborar, en colaboración con el Instituto de Salud Carlos III (ISCIII), un protocolo de actuación ante la aparición de posibles casos sospechosos en España. También un documento de preguntas y respuestas para la comunicación con la ciudadanía, que estaría accesible en la web del ministerio. El riesgo era bajo, pero no podía descartarse. El protocolo de actuación sería estudiado al día siguiente en una reunión por audioconferencia de la Ponencia de Alertas y Planes de Preparación y Respuesta, dependiente de la Comisión de Salud Pública, en la que participan los responsables de la vigilancia y las alertas de salud pública de todas las comunidades autónomas. En esa reunión, los expertos en salud pública revisaron la capacidad de diagnóstico y las actuaciones de respuesta en España. «¿En qué consiste ese protocolo?», pregunté. «Estamos definiéndolo. Con este tipo de virus es muy importante trazar los casos, así que, si cualquier persona acude con síntomas a un centro sanitario, tendremos que identificar si ha estado en China o ha tenido contacto con una persona que haya estado en China. Pondremos a disposición de las comunidades autónomas los recursos de la Administración, para que nos envíen las muestras de casos sospechosos al Centro Nacional de Microbiología, dependiente del ISCIII para su análisis.» Es el laboratorio de referencia de virus respiratorios y contaba con un dispositivo humano veinticuatro horas, siete días a la semana, para descartar o detectar casos de infección.

«Bien. A partir de este momento tomemos nota, monitoricemos la situación y mantengamos contacto continuo con

las comunidades autónomas.» Había que extremar la atención en los puntos fronterizos y hacer recomendaciones a los viajeros, aunque no existían vuelos directos con Wuhan ni era un destino turístico frecuente. «¿Cómo está la situación en Wuhan?», pregunté. Las autoridades chinas habían tomado una decisión extrema: decretar el cierre de la ciudad y el confinamiento de sus once millones de habitantes para contener la epidemia de neumonía provocada por el coronavirus. «¿Qué otros organismos internacionales, además de la OMS, están encima de este caso?», volví a preguntar. «Estamos en permanente contacto con el Centro Europeo para la Prevención y el Control de las Enfermedades —el ECDC, por sus siglas en inglés—, para evaluar riesgos y coordinar medidas de respuesta», respondió Fernando. Trasladé al equipo tres decisiones: la primera, a partir de ahora, mantendríamos una reunión diaria de seguimiento, cada día, a las 11:30 horas en mi despacho. La segunda, teníamos que estar preparados para gestionar posibles casos sospechosos en España. Con independencia de la postura de la OMS, había que consensuar con las comunidades autónomas un protocolo de actuación. La tercera, necesitábamos un plan de comunicación de crisis y un portavoz técnico; sería Fernando. Solo unas horas después, mi equipo me informó de que había un caso en estudio por posible contagio, una persona que había llegado a España procedente de Wuhan. Se habían enviado muestras para su análisis al Centro Nacional de Microbiología.

El viernes 24 de enero llegaron los resultados: negativo. Respiré aliviado. Lo comenté con Fernando Simón y Pilar Aparicio y les pedí que me mantuvieran al tanto en todo momento. Los tres éramos conscientes de que habría más casos sospechosos. Me dirigí a la estación de Atocha. Tenía actos programados en el Delta del Ebro, donde el temporal Gloria había causado cuatro muertos, había engullido buena parte de

la costa del Delta y había provocado daños incalculables en los hábitats naturales, los campos de cultivo de arroz y frutales, las infraestructuras y las edificaciones. «España está preparada para afrontar esta situación», dije convencido a los periodistas durante las declaraciones a pie de playa. Llevábamos días haciendo un seguimiento continuo, monitorizando la situación en el mundo y la OMS acababa de declarar alto riesgo en China..., solo en China. «No se dan las circunstancias para decretar una situación de emergencia sanitaria y de salud pública con importancia internacional», había asegurado la OMS. En ese momento, todavía no estaban claros los mecanismos de transmisión del virus, se había demostrado la transmisión de persona a persona, pero la propia OMS reconocía que se necesitaban más investigaciones para comprender su importancia y valorar su posible impacto. Tampoco se conocían datos fundamentales, como el periodo de incubación o si la transmisión se podía producir también sin síntomas.

El día siguiente, sábado, se celebraban en toda España los exámenes para la formación sanitaria especializada. Antes de trasladarme a la Facultad de Física de la Universidad de Barcelona, visité las localidades de Malgrat de Mar y Pineda de Mar, donde pude comprobar los destrozos del temporal. De ahí, a la facultad para supervisar el dispositivo y desear suerte a los futuros profesionales sanitarios. Mientras visitaba las aulas y atendía a la prensa, el teléfono vibró. Era Germán, mi director de gabinete. Algunos países habían comenzado a repatriar a los compatriotas que habían quedado atrapados en Wuhan tras el confinamiento decretado por las autoridades chinas. La embajada de España en China tenía identificada una veintena de ciudadanos españoles en esa zona, la mayor parte empleados del club de fútbol local, el Wuhan Shangwen.

Creo que el Gobierno hizo un ejercicio de coordinación y auxilio ejemplar, en una operación en la que participamos los

ministerios de Asuntos Exteriores, Defensa y Sanidad. En cuestión de días, organizamos un dispositivo sin precedentes para evacuar a los españoles que se encontraban en Wuhan y para que pasaran una cuarentena a su llegada a España como medida preventiva. Vinieron los que quisieron salir del país, no se obligó a nadie. Fue una operación discutida a nivel europeo: transporte aéreo propio o compartido, aislamiento domiciliario o en centros sanitarios, libertad de movimientos o restricciones de contactos; se discutió cada paso de la logística sanitaria. Al salir de Wuhan, las autoridades sanitarias chinas evaluarían al personal, nadie tomaría el avión con sintomatología. Después, se los reevaluaría en el país de destino. El vuelo que evacuó a los ciudadanos españoles era compartido con el Reino Unido, Dinamarca y Noruega. Salió el 30 de enero de Wuhan e hizo su primera parada al día siguiente en una base militar cercana a Londres, donde se bajaron ochenta y tres británicos. Habíamos pedido apoyo al servicio de Sanidad Exterior para que viajaran a Londres e hicieran el trayecto de vuelta en el avión de los compatriotas evacuados y se presentaron cuatro voluntarios, Patricia López, Pello Latasa, María Teresa Soriano y Jorge del Diego, a quienes agradecí personalmente su ofrecimiento durante un breve encuentro en mi despacho unas semanas después. En el vuelo a España, los voluntarios de Sanidad Exterior evaluaron a los pasajeros. Todos asintomáticos. El aparato aterrizó en la base militar de Torrejón de Ardoz, en Madrid, a las 18:45 horas del viernes 31 de enero.

Fue una operación limpia, todo salió tal y como estaba previsto. En total, bajaron por la escalerilla veintiuna personas: diecinueve nacionales, un ciudadano polaco residente en España y casado con una española, y una ciudadana china casada con un español. Entre los repatriados se encontraban dos menores de edad, hermanos, de dos años y dos meses. Ninguno presentaba síntomas. Fueron trasladados en un autobús al

Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla para iniciar una cuarentena de catorce días. El operativo fue supervisado a pie de pista por el secretario general de Sanidad, Faustino Blanco; la directora general de Salud Pública, Pilar Aparicio; y el subdirector de Sanidad Exterior, Fernando Carreras. Por teléfono y por mensajes de WhatsApp iban trasladando la información al Comité Director del ministerio. Llevábamos días preparando el dispositivo sanitario. En el Hospital Gómez Ulla se había reservado para el grupo toda una planta, la 17. Todas las habitaciones eran individuales, habíamos acondicionado una zona de juegos por si llegaba algún menor y otra para hacer ejercicio. Los repatriados, siempre que no tuvieran síntomas, tendrían libertad de movimiento dentro de la zona de cuarentena y podrían recibir la visita de familiares bajo estrictas medidas de seguridad. Los profesionales sanitarios, por precaución, llevarían equipos de protección. Habíamos acordado con el resto de los países de la Unión Europea (UE) que las cuarentenas durarían catorce días, el periodo máximo de incubación del virus. Eran medidas preventivas excepcionales para garantizar al máximo la seguridad de toda la ciudadanía de la Unión. Entraban sanos y saldrían sanos.

Estábamos razonablemente contentos. Habíamos conseguido repatriar a los compatriotas que se encontraban en Wuhan y ninguno presentaba síntomas. El balance del día era bueno. Pero la alegría no iba a durar mucho. Pasadas las diez de la noche de ese mismo viernes, sonaba el teléfono móvil. Teníamos el primer caso positivo en España.